

Supervivencia, identidad, autonomía

Yvon Le Bot

"Los secretos mágicos de sus padres les fueron revelados por voces que llegaron por el camino del silencio y de la noche".

(Popol Vuh)

Los pueblos indios de América Central viven momentos críticos. Como sucede con otras etnias por todo el mundo, sobre algunas de ellas se cierne la amenaza de la desaparición: "Somos un pueblo pequeño (unas 7 000 personas), y desapareceremos si nuestros jóvenes mueren en la guerra".¹ Para no desaparecer, algunas poblaciones se ocultan o disimulan su identidad (El Salvador, Guatemala); o bien quedan sometidas a éxodos masivos o a deportaciones (Nicaragua, Guatemala).

Para huir de las matanzas que ya suman decenas de millares de víctimas, grupos de indígenas guatemaltecos han tenido que exiliarse en California o en Florida (hay familias que han sido transportadas desde su primer refugio en Honduras hasta Santa Cruz [en Bolivia!]). Varios millares que cruzaron la frontera mexicana y permanecieron en puntos cercanos a ella con la esperanza de regresar a Guatemala, fueron transferidos por las autoridades mexicanas a la península de Yucatán. Entre 100 000 y 150 000 pertenecientes a una población indígena integrada por un total de 4 millones han tomado el camino del exilio. Sus planes para regresar se enfrentan a dificultades que no son insuperables, pero que no han sido resueltas hasta la fecha, por la llegada al poder de un gobierno integrado por civiles. Tampoco se han resuelto los problemas creados por los desplazamientos masivos de población que el conflicto ha ocasionado en el interior del país. Los sobrevivientes (no se ha determinado su número) han vuelto a sus comunidades a veces arriesgando la vida. Entre 30 000

y 50 000 de estas personas han sido enviadas a campamentos de reagrupación ("aldeas modelos"); y decenas de millares procuran rehacer su vida en las barriadas populares de las ciudades o en las cercanías de las plantaciones.

Indios nicaragüenses, en número proporcionalmente más elevado (casi la mitad del total de la población, según una fuente próxima a las autoridades sandinistas,² han sido desplazados: alrededor de 30 000 han buscado refugio en el extranjero, sobre todo en Honduras; más de 20 000 han abandonado sus comunidades, por la fuerza o "voluntariamente", para dirigirse a alguna región en el interior del país. La mayor parte de éstos y una pequeña minoría del otro grupo han podido regresar, al cabo de un año, a sus aldeas destruidas ("Toda la región del río Coco está en ruinas. El objetivo es, ni más ni menos, reconstruir las aldeas tradicionales de los miskitos y de los sumus del Wanki").³

No cabe hacerse ilusiones sobre la guerra, y los indios no tienen ninguna. Ni en Guatemala ni en Nicaragua se han movilizad o por una ideología, sino pensando en su territorio, en la autonomía y en la supervivencia. "El pueblo sumu ni ama ni quiere la guerra, pero parece que no podemos escapar de ella".⁴ Los quichés, los cakchiqueles, los kanjobales, etc., podrían decir lo mismo. Los nahuas pipiles de El Salvador pagaron muy caro, en 1932, el que se incluyera su rebelión en una estrategia con miras a apoderarse del poder supremo en la cual nada tenían que ver. Por eso los descendientes de quienes sobrevivieron a aquella matanza no se fían de los que hoy en día, en uno u otro campo, patrocinan un "guión" semejante al de 1932.

A veces es difícil encontrar semejanzas, pero nada hay más parecido a una guerra contra los indios que otra guerra contra los indios. Podría hablarse del nú-

mero de víctimas y de la "calidad de la muerte", como también podría hablarse de "cierta calidad de la vida", y en realidad se habría tocado un tema importante. Y si se habla de la "calidad de la vida" (o de la supervivencia) ¿qué distingue a los campamentos de reagrupación del Tasba Pri (a las que las autoridades nicagüenses antes de clausurarlos el año pasado daban el nombre de "colonias de pioneros") de los campamentos del triángulo ixil ("aldeas modelos" según las autoridades guatemaltecas), o de los de Campeche y Quintana Roo, en México?

"Si esas gentes se integraran..."

En Guatemala se vino abajo el dinamismo de la sociedad indígena, se prohibieron o aniquilaron sus organizaciones, sus comunidades se convirtieron en reservación y su territorio quedó desmenuzado. Todo ello por obra del ejército. Estas regresiones no pueden quedar compensadas por la reaparición en el escenario político de los discursos paternalistas de la democracia cristiana: necesidad de integrar a "nuestros valerosos indios", de sacarlos del subdesarrollo y de la ignorancia, etcétera. Incluso palabras así parecen demasiado "progresistas" a ciertos dirigentes, o al menos eso afirman los comentarios del viceministro de Relaciones Exteriores a unas declaraciones del ministro de Educación, en las cuales se propone la alfabetización, antes de pasar al castellano, en las cuatro lenguas indígenas (quiché, cakchiquel, mam y kekchi).

"El señor Villagrán de León prácticamente rehusó abrir este debate cuando declaró, perentoriamente, que no se vendía café en lengua quiché, que ningún indio tiene derecho a disputar al ladino el derecho a la tierra guatemalteca, y que lo que debe hacer esa gente es integrarse al progreso". Este mismo funcionario intentó aclararnos que "desde siempre, sin que por eso yo la defienda, la violencia ha sido un medio de la cultura política en Guatemala".⁵

Palabras así no distan mucho de las de quien, durante los últimos decenios, fue uno de los principales organizadores y promotores de la llamada "cultura política de la violencia", y que sólo contaba tres millones de guatemaltecos porque excluía a los indios. Tampoco se hallan muy lejos de la forma en que los militares conciben y practican la "reinserción en la sociedad" de quienes

ellos suponen que simpatizaron o colaboraron con la insurrección.

¿Callejón sin salida?

En Nicaragua, contrariamente a lo que sostienen los sandinistas y sus simpatizadores (véase el artículo de Philippe Bourgois), la estrategia de división adoptada por el poder, la preeminencia que ha concedido a los interlocutores militares, la hostilidad que ciertos dirigentes manifiestan hasta a la idea de autonomía y la desconfianza que miskitos, sumus y ramas continúan sintiendo por esos personajes, hacen que una fórmula global negociada —y por consiguiente una paz durable— parezcan hoy tan remotas —o más remotas— que en mayo de 1985 (cuando terminaron las pláticas con MISURASATA). Esto no desagrade ni al gobierno norteamericano ni a los "contras", los cuales sólo ven en los indios un medio de sostener en la costa del Atlántico una agitación que debilita al gobierno sandinista y contribuye (al menos eso piensan) a su desestabilización. Nada garantiza que después de su victoria se tomen en cuenta las reivindicaciones indígenas. Los actuales dirigentes de la "contra" pertenecen a la misma esfera sociocultural que los dirigentes sandinistas, pero la mayoría de la oficialidad y de la tropa está integrada en su mayoría por antiguos somozistas, formada por la misma "cultura de la violencia" que los policías y militares guatemaltecos.

"Guiones"

La hora actual no favorece el optimismo pero quizá sí se preste a la imaginación. Quienes —observadores o protagonistas— no pierden la esperanza de que puedan celebrarse negociaciones en serio, conducentes a soluciones que tomen en cuenta las reivindicaciones indígenas, podrían contribuir a todo esto imaginando guiones con raíces en la dinámica —propias y diversas— de los pueblos indios. Esta dinámica a veces se aminora pero no se extingue. Los mayas guatemaltecos de nuevo recurren a la resistencia pasiva que desde la Conquista les ha permitido reproducir su identidad. En palabras de uno de ellos,⁶ "hoy se trata de aguantar en beneficio de nuestros hijos", de reparar fuerzas, de reconstituir las familias y las comunidades, para seguir existiendo mañana. Reflejos de defensa y de supervivencia.

Hoy como ayer, los miskitos aprovechan la rivalidad entre los Estados interesados en la costa del Atlántico para conseguir un sitio bajo el sol, en primer lugar, para obtener armas. Antiguamente fueron guerreros que prestaron servicios a sus protectores (sobre todo ingleses) a cambio de armamento y de una relativa autonomía. Parece que, a su vez, esto ya lo comprendieron ciertos sandinistas. Si no resulta demasiado tarde, si reconocen que un pacto así presupone contrapartidas reales, y si logran convencer a sus recalcitrantes colegas del FSLN, el proyecto podría transformarse en algo que no fuese una operación política con miras a neutralizar la campaña internacional sobre la "cuestión de las minorías" y a acompañar de una estrategia militar de división y cambio en la dirección de esas minorías.

Difícilmente podrían los miskitos tener confianza en la "buena voluntad" y en las declaraciones públicas de dirigentes cuyo concepto de la política coincide con el del Clausewitz. Por lo demás, todo los aleja de una candidez así. Saben mejor que nadie que, en su caso, las armas constituyen una de las condiciones de su derecho a hablar. Sin duda a esto se debe que ciertos grupos han aceptado el "cambio de dirección" propuesto. ¿Quién manipula a quién? No sería la primera vez que los miskitos aceptan dar la impresión de que se dejan manipular, para obtener, por otra parte, los medios de constituir o reconstituir su sociedad y salvaguardar su autonomía, medios que les garanticen que no se les manipule, que no se les vuelva a manipular o que se les manipule menos. Es difícil prever el resultado.

El ejemplo de los kunas demuestra la posibilidad de que en situaciones donde los indios están en minoría tomen en sus manos su propia suerte, sin que ello desquicie el sistema político de la nación.⁷ Por ningún motivo se trata de un proyecto óptimo y de aplicación general. Los kunas lograron imponer, hasta cierto punto, en el transcurso de los últimos años, el reconocimiento de su autonomía y el respeto a sus propios valores

democráticos, aunque con dificultades y de manera insatisfactoria. Pero si se reconoce que la solución ideal del "problema de las minorías étnicas" sólo existe dentro del marco del Estado-Nación, puede considerarse que el caso de los kunas es esperanzador y que indica un camino practicable.

Estos aspectos positivos no podrían acreditarse en el haber del Estado panameño, el cual no trata a las minorías indígenas mejor que la mayor parte de los Estados del continente americano. En primer lugar son resultado, de una estrategia de los kunas que principió con la insurrección de 1925, la cual no excluye el empleo periódico y puntual de la fuerza a fin de imponer negociaciones o el respeto a lo ya pactado o adquirido. Es una estrategia de compromisos a largo plazo, que funda su eficacia en la coherencia y en el dinamismo étnico, ajeno a situaciones bélicas y a estrategias guerrilleras.

Notas

¹ T. Patrón, *Barricada internacional*, octubre de 1985.

² Benjamín Cortés, *Informe sobre el retorno de las comunidades miskitas y sumus a la región del río Coco, costa atlántica norte y el proceso de "autonomía"*, 14 de agosto de 1985.

³ *Ibid.* Wanki es el nombre miskito del río Coco.

⁴ T. Patrón, *Barricada internacional*, octubre de 1985.

⁵ J.-C. Buhner, "Le difficile apprentissage de la démocratie", *Le Monde*, 25 de abril de 1986. El ministro de Educación también se había referido tímidamente a la posibilidad de conceder a alguna de las lenguas indígenas la categoría de lengua oficial, junto al español.

⁶ G. Bouvier, *La Paix des militaires* (La paz de los militares), película documental en 16 mm.

⁷ También el ejemplo de los shuares. En El Ecuador, por otra parte, la existencia de un gran número de campesinos andinos plantea otro problema que si bien no es idéntico al guatemalteco, no puede dejar de compararse con el de países donde los indios no representan más del 5 ó 10% de la población.



Foto de Gilles Peress/Magnum.

Guatemala: "Hoy se trata de aguantar en beneficio de nuestros hijos".